

# Los nuevos entornos democráticos y la reconfiguración del intelectual

---

The new democratic environments and the reconfiguration of the intellectual

*Xavier Rodríguez Ledesma\**

---

\* Doctor en Ciencia Política por la UNAM. Profesor investigador en la Universidad Pedagógica Nacional, México. Miembro del Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores (SNI), nivel 2. Correo electrónico: conequis@hotmail.com. Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-0003-2814>.

## **Resumen**

En años recientes el escenario para el ejercicio del análisis y la crítica política por parte de aquellos escritores e intelectuales que consideran dicha actividad como elemento central de su praxis profesional se ha modificado sustancialmente en virtud de dos factores hasta hace poco inexistentes: a) el desarrollo y uso común de las redes sociales y otros entornos digitales, y b) el triunfo de Andrés Manuel López Obrador en las elecciones presidenciales de 2018. Ello significó un cambio sustancial en la forma en que se desarrolla el diálogo público. Los sujetos que estaban acostumbrados a la existencia de ciertos usos y costumbres en la publicación y circulación de sus opiniones experimentaron una vivencia prácticamente inédita: la posibilidad de que sus dichos fueran respondidos de manera inmediata por quien quisiera (y pudiera) hacerlo. En el presente ensayo se reflexiona sobre cuál es su lugar actual respecto a los poderes políticos y mediáticos.

**Palabras clave:** Escritores, intelectuales, democracia, México, poder.

## **Abstract**

In recent years the scenario for the exercise of political analysis and criticism by those writers and intellectuals who consider such activity as a central element of their professional praxis has been substantially modified by virtue of two factors that until recently did not exist: a) the development and common use of social networks and other digital environments, and b) the triumph of Andrés Manuel López Obrador in the 2018 presidential elections. This meant a substantial change in the way public dialogue develops. Subjects who were accustomed to the existence of certain uses and customs in the publication and circulation of their opinions experienced a practically unprecedented experience: the possibility of having their sayings answered immediately by whoever wanted (and could) do so. This essay reflects on what is its current place with respect to political and media powers.

**Key words:** Writers, Intellectuals, Democracy, Mexico, Power.

## **La crítica, la democracia y los entornos digitales nuestros de cada día**

Hacia la parte final de la primera década del presente siglo fue posible apreciar la consolidación de una narrativa específica usada por la gran mayoría de escritores e intelectuales consistente en asentar el “ser demócrata” como su tarjeta de presentación a la hora de ejercer su rol de analistas del devenir político. El uso indiscriminado de tal declaración de principios por todo aquel que usaba su capacidad de ser publicado o dar sus opiniones políticas en diversos foros de los medios de comunicación, dio pie a que tan importante y fundamental concepto empezara ser vaciado de contenido. Ser demócrata decía todo y nada en términos concretos, pues todos, absolutamente todos los intelectuales que gustaban de opinar y participar políticamente, se arrogaban dicha positiva cualidad.

Parecía que la intelectualidad en general, y por ende los escritores metidos a la arena de la discusión pública, estaban decididos a blindar conceptualmente su discurso señalando que por encima de sus filiaciones partidarias, posturas políticas y filosóficas o, incluso, simpatías netamente personales, ellos compartían una característica común: su respeto y admiración irrestricta por los valores democráticos. Con tal declaración de fe pretendían exorcizar cualquier descalificativo que se les pudiera asignar a partir de su accionar concreto en las disputas y querellas políticas. Así, se les podía acusar de cualquier cosa, reclamarles, por ejemplo, el rol jugado por cada uno de ellos en la álgida coyuntura del 2006 definida por la realización de uno de los procesos electorales más cuestionados de la historia reciente de nuestro país. Al cubrirse con el escudo conceptual de “ser demócratas”, sentían la seguridad y protección suficiente para continuar opinando, criticando, apoyando, o lo que sus agendas les demandasen, sin ver comprometida sus aires de objetividad (Rodríguez, 2009).

¿Qué ha pasado en los últimos lustros?, ¿cómo ven los escritores e intelectuales su accionar político en un presente caracterizado por el surgimiento y auge de múltiples entornos digitales que han generado la posibilidad de que las opiniones de cualquier persona sean leídas por una gran cantidad de receptores?

En otras ocasiones ya he comentado acerca de las múltiples acepciones que el concepto de intelectual ha poseído históricamente debido a los diversos matices que todos aquellos que han abordado el tema han imprimido a sus definiciones (Rodríguez, 2000:19 y ss.). Para efectos de este ensayo consideraré a los intelectuales como aquellas personas que desde una posición específica de poder tratan de imponer sus saberes y narrativas como las únicas válidas, legítimas y racionales, en virtud de que se consideran a sí mismos como los monopolizadores de la Razón y del adecuado uso del lenguaje.

En años recientes el escenario para el ejercicio del análisis y la crítica política por parte de aquellos escritores y analistas que consideran dicha actividad como un elemento axiales de su praxis intelectual, se ha modificado sustancialmente en virtud de dos factores hasta hace poco inexistentes. Los refiero sin ánimo alguno de distinguir alguna preponderancia entre ellos, sino en función de su aparición cronológica: a) el desarrollo y uso común de las redes sociales digitales, y b) el triunfo de Andrés Manuel López Obrador en las elecciones presidenciales de 2018.

La aparición de las redes sociales y la ampliación de los entornos digitales significó un cambio de raíz, aunque paulatino, en la forma en que se desarrolla el diálogo público. Los sujetos que estaban acostumbrados a la existencia de ciertos usos y costumbres en la publicación y circulación de sus opiniones experimentaron una vivencia prácticamente inédita: la posibilidad de que sus dichos fueran respondidos de manera inmediata por quien quisiera (y pudiera) hacerlo. Esta nueva condición los obligó a reflexionar sobre cuál es su rol social con respecto a los poderes políticos y mediáticos.

Por su parte, el triunfo del candidato del Movimiento de Regeneración Nacional (Morena) en 2018 modificó algunas otras reglas del juego. Súbitamente muchos intelectuales pasaron a ser parte de la oposición cuestión hasta entonces inédita es sus biografías. De un día al otro se encontraron ocupando un lugar en el que no estaban acostumbrados a desempeñarse y, además, en condiciones diferentes respecto al peso protagónico que el monopolio sobre el uso de la difusión pública de sus palabras les había garantizado hasta hacía muy poco. A todo ello se sumó otro muy importante factor de cam-

bio, me refiero a la instauración de una de las herramientas políticas preferidas por el nuevo presidente: las conferencias de prensa con las que él inicia sus jornadas diarias de trabajo, las cuales se han convertido en un foro con múltiples usos, entre los cuales destaco dos: a) el dictado de la agenda política y mediática inmediata, y b) un espacio para aclarar, desmentir, contestar y atacar los diversos discursos, noticias y campañas en contra de su gobierno.

Como si todo lo anterior no fuera suficiente, un elemento más a tomar en cuenta en esta nueva etapa fue la reducción o eliminación total realizada por el nuevo gobierno de las partidas presupuestales con las que se apoyaba a distintas publicaciones, proyectos o directamente a individuos descritos como intelectuales. Éste ha sido un tema medular que ha afectado y modificado las tradicionales relaciones existentes entre los intelectuales (y sus empresas u organizaciones) y el gobierno.

Ambos factores (redes sociodigitales y gobierno de AMLO) son elementos sustanciales del nuevo escenario construido a lo largo de estos lustros en los que aquellos “demócratas” del 2009 han de desempeñar hoy en día su actividad de crítica.

## **La democratización de la conversación social**

En el diálogo “Fedro o del amor”, Platón nos narra que el dios Teut, inventor de los números, el cálculo, la geometría, la astronomía, el ajedrez y la escritura, se presentó ante Tamus, entonces rey de Egipto, para explicarle las artes que él había creado y lo conveniente de hacerlas extensivas entre todos los pobladores de su reino. Respecto a la escritura Teut argumentó que ella haría más sabia a la gente sobre la que Tamus gobernaba pues, entre otras cosas, le potencializaría la capacidad de memorizar, con lo que le estaría dando un valiosísimo instrumento para ayudarlo a aprender. En respuesta el faraón le comentó: “Tú no has encontrado un medio de cultivar la memoria, sino de despertar reminiscencias, y das a tus discípulos la sombra de la ciencia y no la ciencia misma. Porque cuando vean que pueden aprender muchas cosas sin

maestros, se tendrán ya por sabios, y no serán más que ignorantes, en su mayor parte, y falsos sabios insoportables en el comercio de la vida” (Platón, 1975: 658).

Con esas palabras Tamus ponía las bases para ciertas prácticas y concepciones que algunos anhelan seguir manteniendo hasta la actualidad. Por una parte, descalificaba los intentos de democratización del conocimiento y del uso del lenguaje escrito y, por la otra, apuntalaba la legitimidad de la existencia de una selecta casta que era la única franja de la población que podía y debía acceder al uso de tan valioso instrumento comunicativo. Si en palabras modernas se alfabetizaba a la población, surgiría una gran masa de individuos que “se tendrán ya por sabios, y no serán más que ignorantes en su mayor parte, y falsos sabios insoportables...”, socavando así el aura que distinguía a los maestros, reconocidos y legítimos poseedores de ese conocimiento.

¿Qué ha pasado en los últimos lustros en nuestro país con todos aquellos intelectuales, escritores y opinadores que hasta hace poco tiempo, felices y complacientes, ostentaban sin rubor alguno su autodesignación como demócratas sin igual?, ¿cómo se ha modificado el lugar e importancia del intelectual en el panorama político actual desde el punto de vista de su compromiso explícito con los valores democráticos que ellos mismos enarbolan?, ¿debemos continuar considerándolos como monopolizadores del pensamiento crítico y guías ilustrados para la acción política?, ¿es vigente la añeja idea, e incluso clásica, de que ellos son la voz de una sociedad a la que le ha sido arrebatada la posibilidad de expresarse y dialogar con el poder?, ¿qué pasa con la distinción de ese grupo en una sociedad democrática, se mantiene o se desvanece?, ¿cuáles han sido los nuevos cambios, si alguno, en la relación entre la república de las letras —ese espacio soberano donde se ejerce el poder específico de escribir y publicar lo escrito— y los políticos profesionales?

Múltiples preguntas, muchas antiguas, otras no tanto, algunas realmente nuevas surgidas a partir del contemporáneo cuestionamiento, quiebre, desmantelamiento y, por ende, necesaria superación de nociones tradicionales y hegemónicas (democracia,

ciudadanía, nación etcétera), que desde hace algunos siglos constituyeron ejes referenciales en medio de los cuales se ubicaba a la política. Estas interrogantes están engarzadas por la necesidad de reflexionar acerca de uno de los roles que le ha sido asignado a los intelectuales en ciertas sociedades modernas: la obligación o no de participar activamente en los movimientos sociales, ya sea desde sus trincheras específicas o directamente en las calles, plazas y tribunas junto al resto de los ciudadanos. Todo ello en condiciones inéditas dentro de las cuales una muy importante es la ya existencia de la posibilidad de que la gente común haga escuchar su voz en un escenario que, aunque continúa siendo bastante acotado por los requisitos exigidos para poder usufructuarlo, es considerablemente más amplio que los círculos de amigos y familiares a los que solía constreñirse. Podemos sintetizar todas las inquietudes que estos nuevos escenarios nos presentan en una sola interrogación: ¿cómo se ha modificado la manera en que concebimos a los intelectuales a partir de la consolidación de formas comunicativas hasta hace poco inéditas y de las discusiones contemporáneas sobre la democracia?

El surgimiento de las redes sociales y otros entornos digitales ha sido un acontecimiento comunicativo, cultural y político definidor de las décadas recientes a nivel mundial. Si bien la distribución inequitativa de las posibilidades de conexión a la red y de adquisición de los aparatos necesarios para navegar en ella es un factor que ha delimitado con precisión la conformación del universo de usuarios, lo cierto es que su uso a partir de la primera década del presente siglo creció a niveles aceleradísimos constituyendo hoy en día un espacio muy importante para el intercambio de información y para el desarrollo de la conversación social.

Desde Hi5 y Myspace, aparecidas en los primeros años del presente siglo, hasta Tiktok que es una de las más populares hoy en día, pasando por Facebook, YouTube, Twitter, Instagram y otras formas comunicativas con base en *streaming* (además de varias más de efímera presencia y reducido éxito), estas herramientas sociodigitales han posibilitado una forma inédita de

participación de la gente. Los escritores e intelectuales encontraron en ellas, en primer lugar, un espacio para ampliar el reducido universo de sus lectores. Sus palabras llegaron ahora mucho más allá de lo que los libros, diarios, revistas, programas de televisión o radio lo permiten, con lo cual el número de individuos que podían enterarse de sus opiniones, comentarios, bromas, críticas, gustos y un sinfín de temas aumentó considerablemente.

Ese incremento en el volumen de lectores es tan solo una cara de la moneda de las enormes posibilidades abiertas por tan novedosas herramientas, la otra —sin duda alguna más importante y trascendente en la conformación de una sociedad democrática— es que ellas abrieron la puerta para algo que hasta entonces no se había registrado: la posibilidad de que los receptores dialogaran de verdad con los emisores, es decir, que quienes leían o escuchaban a aquellos opinadores tuvieran realmente la oportunidad de contestarles en forma directa, incluso teniendo al resto de los usuarios de la red atestiguando el intercambio. De tal forma no es errado afirmar que las redes sociales, particularmente Twitter, permitieron y generaron un incremento multitudinario del número de escribas, lo cual marcó la ruptura de aquel monopolio del uso y publicación de la palabra. Por su parte, aquel grupo bastante reducido de autores que acaparaban casi por completo los pocos espacios dedicados a la discusión política en los distintos medios debió enfrentarse a un hecho que hasta entonces no había vivido en sus justos y sociales términos: hacerse cargo por completo de sus aseveraciones, pues si bien siempre existió la posibilidad de que otros no estuvieran de acuerdo con ellos, eso no se acompañó de la construcción de cauces apropiados para comunicarles directamente tales discrepancias. Veamos la trascendencia histórica de esta transformación.

Si bien las discusiones, las polémicas y los enfrentamientos son inherentes a la vida cultural y académica, esos intercambios se desarrollaban en una arena bastante acotada en la que solo ciertos gladiadores participaban. Los diálogos y disputas sobre algún tema siempre se daban entre sujetos que mal que bien se consideraban pares, ya que difícilmente la gente común, los no reconocidos como ciudadanos de esa exclusiva república de las letras, carecían

de: a) acceso real a la publicación de alguna respuesta, y b) el reconocimiento o la importancia suficiente para ser tomados en cuenta por el autor de las afirmaciones de origen. Recordemos que el derecho de réplica era —y sigue siendo— prácticamente inexistente en los medios tradicionales, pues él suele limitarse a que el escrito de respuesta si bien le va sea seleccionado para aparecer en el breve espacio dedicado en los diarios y revistas a la publicación del correo de lectores o, excepcionalmente, a que la voz del replicador saliera al aire por unos cuantos segundos a través de alguna llamada telefónica a la estación de radio. Frente a esos antecedentes la aparición las redes sociales digitales emparejó un poco la cancha de juego de la conversación social, ya que ahora cualquiera podría contestar en lo inmediato, aunque fuera, como es el caso en Twitter, usando en un primer momento 140 caracteres y posteriormente 280. Así, los miembros de la intelligentsia debieron asumir que en adelante expresar una opinión podía tener costos mucho más altos, ya que quienes no estuvieran de acuerdo tendrían toda la posibilidad, ahora sí, de hacérselo saber de inmediato y frente a una tribuna de dimensiones colosales.

Umberto Eco identificó muy tempranamente lo que estaba pasado y no dudo en expresar su molestia con lo que ya detectaba en las redes sociales digitales. En 2010 él explotó contra estas modernas formas comunicativas pues, a su decir, le habían otorgado el derecho de hablar (aunque fuera a través de algo tan cuantitativamente mínimo como lo era un tuit) a legiones de idiotas (Lozano, 2015). La queja del italiano evidenciaba lo que mucho ya sabían: la existencia de profundos ánimos aristocráticos entre los ciudadanos de la república de las letras. Dicha apreciación y descalificación contra aquellos otros que a sus ojos nunca debieron tener la posibilidad de hablar o escribir públicamente, no ha sido superada del todo aun a pesar de los diversos esfuerzos por matizar tales afirmaciones. En un tuit visto al pasar —y que desafortunadamente he perdido en mis archivos— un sagaz tuitero le contestaba de forma directa a Héctor Aguilar Camín, quien había osado hacer suya de forma textual la afirmación del autor de *El nombre de*

*la rosa*, palabras más, palabras menos: “Es cierto, hoy todos los idiotas pueden escribir y ser leídos. Antes solo eran unos cuantos idiotas los que podían hacerlo”.

En las redes sociodigitales cualquiera puede expresar su opinión sin importar si se es una persona real o tan solo un personaje ficticio creado en aras de cumplir con una diversidad de fines incluyendo aviesos objetivos. Ahí no interesa el nivel de capital cultural o las credenciales curriculares que el emisor posea. Esto ha dado pie a que una vez que se identificó que ellas constituían un nuevo e importante escenario para el ejercicio de lo político, se presentaran ahí modernizadas y actualizadas versiones digitales de viejas costumbres y formas del accionar en política tradicional. Me refiero a la creación y aparición de grupos de choque, golpeadores, porros, reventadores, etcétera, los cuales tienen como objetivo combatir, descalificar, insultar, agredir y amenazar, esto es, en una palabra: violentar a todo aquel que sea considerado contrincante político. Cabe mencionar lo ya sabido, tales virulentas respuestas e incluso campañas pueden hacerse a título personal u organizacional cuando son financiadas por personajes, grupos o partidos. En años recientes hemos tenido que aprender una nueva taxonomía referida a estos especímenes ultramodernos: troll, bots, botnets, etcétera.

Gracias a estas nuevas herramientas profundamente democráticas la conversación social ha debido sufrir los ajustes que la *real politik* impuso y ello ha tenido consecuencias no necesariamente agradables para los intelectuales de viejo cuño. La torre de marfil —esa añeja metáfora arquitectónica de la soberanía literaria— parece colapsar al sustraérsele un par de pilares que históricamente la han sostenido. El primero, el ya referido sobre la posibilidad solo para algunos de publicar y ser leído; el segundo, quizá aún más doloroso para sus habitantes, es la puesta en duda de la hasta hace poco incuestionable capacidad de los intelectuales de opinar sobre cualquier cosa con mayor atingencia que el resto de la población.

Al ampliar la posibilidad de la conversación, los entornos digitales han abierto nuevas vías de participación social empujando

así la democratización de la sociedad. Si bien se puede encontrar participantes aun sumisos frente al peso de la distinción, los miembros de la *intelligentsia*, republica de las letras incluida, han visto diluirse el respeto que inspiraban frente al resto de la sociedad. La gente ahora no solo les contesta, sino que los contradice, los exhibe en sus equivocaciones, les muestra la debilidad de los argumentos, les evidencia sus compromisos políticos e ideológicos, incluso los insulta. El juego democrático los alcanzó. Han perdido la impunidad que su distinción les garantizaba. La nueva situación, evidentemente, está lejos de serles cómoda. En estas inéditas condiciones, obligados a tener que recibir esas respuestas, ellos han tenido que asumir las reglas del juego. Los orgullosos aristócratas de la palabra han debido soportar el atrevimiento de un número creciente de advenedizos que pretenden ponerse a su altura para ejercer el derecho de escribir sus propias opiniones en un espacio cuya estructura digital les otorga las mismas herramientas a todos los participantes.

Si lo hasta aquí reseñado significa una afrenta y un peligro a la distinción, hay que agregarle que no solo la tribuna social se ha modificado hacia otras formas y modos sino que, además, el internet ha proveído una fuente invaluable de información que permite a los participantes en esta nueva era de la conversación social echar mano a una incommensurable cantidad de fuentes, por lo que cualquiera de los integrantes de ese soberano literario corre el riesgo de ser exhibido en sus contradicciones, errores, mentiras o cualquier otro desliz argumentativo cuando los sujetos enfrascados en la polémica utilizan los archivos históricos digitales que proveen valiosísimo material factible de ser utilizado como munición en las discusiones cibernéticas contemporáneas. Así, no es raro que, por ejemplo, si un intelectual osa criticar la cercanía con el régimen en turno se le responda publicando fotografías, cheques, noticias, cartas, declaraciones, tuits escritos por él mismo, etcétera, que demuestran sus vínculos con gobiernos anteriores u grupos de poder específicos.

Internet también ha permitido visualizar a los intelectuales en toda su mundana humanidad eliminando el aura de ente extraordi-

nario con el que solían caminar por la vida. Ahí los vemos insultando de forma soez tanto a otros tuiteros como a personalidades políticas con posiciones opuestas a las suya, tergiversando de forma grotesca ciertos argumentos, justificando de manera inverosímil dichos y hechos propios o de compañeros de comunión ideológica, mintiendo abiertamente, compartiendo noticias falsas, ejerciendo a plenitud la posibilidad de fingir ignorancia, guardando oprobiosos silencios, tergiversando acontecimientos y aseveraciones de otros, o ejerciendo el poco democrático derecho de no escuchar razones ni argumentos contrarios a sus convicciones políticas.

Un factor adicional que en buena medida vino a modificar el espacio de la conversación social fue la aparición de herramientas tecnológicas que permiten mantener conversaciones a la distancia en tiempo real a través de diversos gadgets. Estos entornos digitales que en sí mismos representan una auténtica revolución comunicativa, han venido a aumentar muchísimo los riesgos de ser evidenciado en las conversaciones sociales en virtud de la facilidad para grabar y, por ende, dejar constancia de lo que ahí se diga. A diferencia de lo que afirma la conocida sentencia sobre la ciudad de Las Vegas, lo que se dice en Zoom, Teams, WhatsApp, salas de Facebook, o cualquier otra plataforma o aplicación de esa índole, no se queda solo ahí. Hoy en día es usual encontrar en circulación multitud de videos conversacionales en las diversas redes sociales digitales. Luego entonces, la posibilidad de difusión de los decires y haceres de un sujeto ha aumentado de forma directamente proporcional al incremento en la exposición de los miembros de la intelligentsia gracias a todo lo hasta aquí reseñado. Los intelectuales ahora viven con temor y pudor frente a la apertura incontrolada de la tribuna social a un público cada vez más amplio y sin rostro.

## **La crítica en el laberinto de la oposición**

El pesimismo y malhumor de algunos escritores e intelectuales de todo tipo que suelen autodefinirse como demócratas, frente a la irrupción de esas masas ansiosas de ser escuchadas y, por fin, te-

ner la posibilidad de dialogar con quienes siempre ha leído u oído, demuestra por lo menos dos cosas: a) la contradicción inherente en sus declaraciones respecto a la necesidad de ampliar el espacio de la democracia para que la voz de todos pudiera ser escuchada, y b) los límites de las nociones liberales sobre la democracia referida de forma casi exclusiva a cuestiones de procedimientos de selección de las élites políticas.

Además, como si ello fuera poco para el registro de cambios de los últimos años en la arena de la disputa democrática por la imposición de narrativas, en 2018 el candidato opositor Andrés Manuel López Obrador ganó la elección presidencial gracias a una avalancha de sufragios a su favor que demostró el hartazgo de buena parte de la sociedad con los regímenes encabezados por los partidos Revolucionario Institucional y Acción Nacional. El uso de las redes sociales fue una de las herramientas de las que López Obrador echó mano, primero desde su posición como candidato para difundir tanto información positiva para su causa como para responder a ataques y críticas, rompiendo así el cerco mediático construido a su alrededor. Su descripción de dichas formas comunicativas como “benditas redes sociales” da fe de la importancia que ellas tuvieron para su estrategia política.

Junto con la continuación del uso cotidiano de Twitter, una vez en la presidencia López Obrador estableció una particular estrategia comunicativa en aras de garantizarse una poderosa tribuna para contrarrestar la información crítica, en multitud de ocasiones tergiversada exprofeso, que se avecinaría sobre su gobierno. Él recuperó su vieja práctica implementada cuando fue jefe de gobierno de la Ciudad de México de iniciar su jornada laboral realizando una conferencia de prensa en la que expone multitud de temas y da respuesta directa y puntual a las diversas críticas, noticias reales o falsas y otros comentarios hechos por la oposición. Redes sociales y mañaneras presidenciales, espacios nuevos en el escenario frente a los cuales los intelectuales, viejos y nuevos, han tenido que aprender a posicionarse y a actuar.

El que muchos de los personajes que gozan de tener un espacio para expresar sus opiniones que hasta hace poco sin ningún

tipo de matiz o duda se autodenominaban “demócratas” hayan quedado ahora, bajo estas nuevas condiciones, en el lado integrado por la oposición ha venido a profundizar la sensación de no lugar, de no distinción, que hasta hace muy poco tiempo les era inimaginable.

Si lo anterior por sí mismo delineó un nuevo escenario para la relación entre los intelectuales y el gobierno, el asunto dio una vuelta de tuerca más cuando la administración obradorista decidió modificar o eliminar por completo las partidas presupuestales que históricamente el gobierno federal había destinado a personalidades o grupos culturales literarios. Además, para mayor afrenta, esos cambios fueron acompañados con la difusión pública de diversos documentos que daban fe de las importantes cantidades de dinero en forma de, por ejemplo, contratos para elaboración de materiales, compra de tirajes completos de los números de sus revistas, pago de campañas y estudios, apoyos para la realización de actividades culturales, etcétera, que los gobiernos anteriores habían repartido entre esa crema y nata de la intelectualidad nacional. A partir de la exhibición oficial de dicha información, surgieron incluso en las redes sociales campañas contra ciertos personajes de la república de las letras. Ellos, antes casi intocables, habían dejado no solo de ser respetados, sino que la pleitesía frente a sus opiniones y certezas fue intercambiada por mofas, insultos, descalificaciones y demás muestras de escarnio social.

La gracia de la que dicha élite intelectual había gozado para decir y escribir casi todo le que le viniera en gana sin tener que rendir cuentas prácticamente a absolutamente a nadie más allá de un selecto público constituido por ella misma, ha sido socavada fuertemente en los últimos años. De tal forma, la pinza crítica sobre sus convicciones de superioridad analítica tiene como soporte dos piezas hasta hace poco inexistentes: a) la ya referida acerca de la posibilidad otorgada por las redes sociales y otros entornos digitales para que un amplio universo de individuos dialogue directamente con los integrantes de esa élite en una tribuna cuantitativamente sin igual; y b) una transformación profunda de la relación con el gobierno a partir de la llegada a la presidencia de López Obrador. A su vez este cambio se resume en dos puntos básicos. El primero

es el establecimiento de un diálogo constante con esos intelectuales y, el segundo, una drástica modificación en las listas de personas, empresas y organizaciones que reciben el ahora muy mermado presupuesto dedicado a difusión de las campañas gubernamentales.

Las nuevas reglas democráticas les son odiosas. ¡Qué tiempos (tan cercanos) aquellos en los que la palabra pública pertenecía solamente a unos cuantos privilegiados! Pareciera que las virtudes de la democracia se diluyeron al momento en que la sociedad accedió a nuevas herramientas que le permitieron hacerse escuchar, amén de que, por las vías que ellos mismos enarbolaban como únicas y exclusivas para el ejercicio de una vida democrática saludable, llegó al poder una opción política distinta, diferente a las encabezadas por el PRI o el PAN con las que ellos estaban habituados a convivir. La manera de tratarse, la relación, entre ambas repúblicas (la de las letras y la de los políticos profesionales) se trastocó. El respeto o temor con las que los gobiernos solían tratarlos desapareció. Su peso en la conformación de opinión pública también se ha diluido. Las canonjías, los favores, el reconocimiento a su especificidad profesional y, por ende, al peso, valor y legitimidad incluso epistemológica de sus dichos hoy no cuenta con ese reconocimiento absoluto al que estaban acostumbrado. Al contrario.

Además, llama la atención que diversos miembros de la república de las letras finalmente hayan decidido adoptar el concepto “liberal” para autodesignarse y ubicarse en diagrama teórico político, ya que pareciera que dicha etiqueta hoy les viene a modo para sus afanes pues consideran que les permite tener la coartada ideológica para marcar su diferencia, resistir, criticar y oponerse a las medidas que la actual administración ha implementado desde las instituciones estatales.

Como consecuencia de la instauración de esas nuevas condiciones políticas se ha llevado a cabo un sutil cambio en la manera en que los intelectuales y analistas se denominan a sí mismos hasta hace unos años. Si hasta hace una década ser “demócrata” era el concepto con el que todos ellos se arrojaban y definían, paulatinamente fueron agregándole o de plano sustituyéndolo por el calificativo de “liberal” en virtud de que este concepto les facilita

un mayor soporte teórico para hacer la crítica de un gobierno que, desde su perspectiva, presenta características estatistas con tufos autoritarios. Lo que anteriormente desde una posición “simplemente” demócrata sí era aceptable pues significaba la imposición del Estado de derecho, el imperio de la ley, el gobierno de las mayorías y, sobre todo, la absoluta libertad de expresión de cada ciudadano bajo un esquema de igualdad hoy ya no es tan sencillo de aceptar. Refugiarse bajo una supuesta filiación política y filosófica liberal les permite a ellos llamarse ultrajados, perseguidos, señalados, censurados, etcétera, por denunciar los “afanes dictatoriales y autoritarios” del nuevo gobierno ya que tanto desde la presidencia y los múltiples entornos digitales se les contesta de forma puntual, cuestión inimaginable hasta hace algunos años. Es tal la ansiedad ideológica que Ariel Rodríguez mordazmente refiere el surgimiento de: “[...] brotes alucinatorios en un liberalismo que detesta la democracia en su sentido más pedestre: gobierno de la mayoría. Se oculta muchísimo en esos estados alterados que campean en la oposición política pero se esclarecen las angustias originarias que otorgan sentido a la fantasía” (Rodríguez, 2023).

Intelectuales y otros integrantes tradicionales del círculo rojo que hace apenas un par de lustros se veían a sí mismos como demócratas recalcitrantes, hoy se muestran fuera de lugar bajo estas nuevas condiciones políticas, sociales y culturales. Justo a la mitad del sexenio de López Obrador, una periodista de la televisión mexicana verbalizó diáfananamente el malestar e incomodidad de ese sector. Durante una entrevista a Pablo Gómez, en ese momento diputado de Morena, ella expresó su profunda indignación porque el presidente prácticamente diario les contesta a sus críticos desde Palacio Nacional, respuestas que por lo general son referidas directamente con nombre y apellido (La Saga, 2021). En escasos segundos la conductora sintetizó los argumentos con los que se han llenado multitud de artículos, desplegados, apariciones en mesas redondas, programas de análisis y, por supuesto, centenares de tuits y otras publicaciones digitales. Para efectos de lo aquí planteado podríamos resumir esa narrativa de la siguiente manera: a estos personajes que hasta hace poco tiempo se definían como

demócratas les irrita que el presidente ejerza su legítimo y democrático derecho a contradecirlos. A tales aristócratas de la palabra les fascina la libertad de expresión, pero detestan la réplica, sobre todo si ella viene de quienes no consideran sus pares ya sea porque esos interlocutores se desempeñan como funcionarios gubernamentales, políticos profesionales o, peor aún, constituyan parte de esas multitudes que últimamente han podido expresar su pensar al acceder a las nuevas herramientas digitales existentes. Continuar enarbolando el ser demócrata como su factor definidor y aglutinador lo único que logra es evidenciar su oportunismo al plantear que ellos, y solo ellos, tienen el derecho de voz y de crítica. Así, aun acotada a sus formas básicas liberales, la democracia se les ha indigestado en los últimos años.

El abandono de su zona de confort discursiva para tener que enfrentar un escenario inédito en el que ellos solo constituyen una voz más del concierto social no les ha caído demasiado bien, pues los ha obligado incluso a mostrarse en toda su hasta hace poco inimaginable y mundana humanidad. Una vez despojados de sus vestimentas o aureolas de superioridad se han evidenciado tan prosaicos y vulgares como el resto. Se les ha visto insultando a los que consideran sus enemigos, tergiversando y mintiendo abiertamente, lanzando epítetos y diatribas a los cuatros viento sin pudor alguno, creando o recirculando noticias falsas y demostrando su ignorancia en muchos de los temas en los que pretenden intervenir. Ellos no han podido abstenerse de compartir una característica común al resto de la gente, me refiero a la curiosa necesidad de intervenir en multitud de temas que conforman el día a día de la agenda política, cultural o económica. Así hemos atestiguado, por ejemplo, la forma en que poetas, historiadores y literatos y multitud de analistas hacen terribles desfiguros teóricos y políticos al intentar pontificar sobre epidemiología, ingeniería aeronáutica, diseño gráfico, economía, jurisprudencia y un sinfín de actividades alejadas de sus especializaciones profesionales, académicas, creativas o analíticas.

Es cierto, la entrada de un sinfín de voces a la discusión pública ha traído consigo un cierto envilecimiento del accionar polémico al que los viejo intelectuales no han escapado. Un ejemplo grotesco

que mostró el hecho de que la popularidad de los intelectuales no es tan unánime como siempre habrían creído, lo constituye un video filtrado en abril de 2020 por los propios amigos del escritor, analista y cabeza del grupo Nexos, Héctor Aguilar Camín, en donde se le ve insultando soezmente al presidente de la república al llamarlo “pendejo y petulante”. La molestia del también novelista es comprensible pues su nombre es uno de los que suelen salir a la palestra cada vez que López Obrador se refiere a la existencia de un grupo de intelectuales ligados a los intereses políticos y económicos de los gobiernos anteriores. Además, por esas fechas *Nexos* enfrentaba una inhabilitación por un plazo de dos años para tener convenios para propaganda oficial o algún otro servicio debido a que, de acuerdo con la acusación ampliamente difundida, en 2018 había falseado información para obtener un contrato de publicidad con el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS), cuestión de la que dicha empresa cultural fue exonerada poco después (Caso, 2020). En respuesta a los insultos recibidos, el presidente señaló: “Yo entiendo su enojo, cómo no lo voy a entender. Dónde es que más les duele, pues en la cartera, ahí es donde duele más” (INFOBAE, 2020).

A pesar del cambio de escenario político y de su posición dentro de él, la hipocresía, soberbia y falta de juicio autocrítico no deja de estar presente en el accionar analítico de muchos personajes de la república de las letras y la *intelligentsia*. Cinco meses después de que se conoció el video donde Aguilar Camín se desahogaba soezmente contra el presidente, él mismo no tuvo ningún empacho en ser de los principales promotores de un manifiesto titulado: “En defensa de la Libertad de Expresión” en el que entre otras cosas se afirmaba que:

La libertad de expresión está bajo asedio en México. Con ello, está amenazada la democracia. El presidente López Obrador utiliza un discurso permanente de estigmatización y difamación contra lo que él llama sus adversarios. Al hacerlo, agravia a la sociedad, degrada el lenguaje público y rebaja la tribuna presidencial de la que debería emanar un discurso tolerante.

El presidente profiere juicios y propala falsedades que siem-

bran odio y división en la sociedad mexicana. Sus palabras son órdenes: tras ellas han llegado la censura, las sanciones administrativas y los amagos judiciales a los medios y publicaciones independientes que han criticado a su gobierno. Y la advertencia de que la opción para los críticos es callarse o dejar el país (Varios, 2020).

Firmado por 650 personas del ámbito cultural, académico e intelectual, el documento constituye una buena fuente para ilustrar la imposibilidad de ciertos miembros de la intelectualidad de asumir que debatir abiertamente es una de las condiciones fundamentales para construir una sociedad democrática y que, por tanto, el anhelo de imponer una vía comunicativa de un solo sentido (sin importar la dirección que se le asigne) es imposible de justificar. Contestar y contraargumentar no son herramientas que impidan la libertad de expresión; al contrario, ambas acciones constituyen la regla de oro de la instauración de una conversación social en donde todos, tanto personas en lo individual como grupos de poder puedan expresarse. Los intelectuales, en efecto, no estaban acostumbrados a que se les contestara de manera sistemática ni desde el poder ni desde la propia sociedad civil, y lo que ese grupo expresó en dicho manifiesto no fue la excepción. Si en las redes sociales se les dijo de todo, López Obrador en su conferencia mañanera se concretó a señalar: “Ahora se sienten ofendidos, cuando deberían de ofrecer disculpas porque se quedaron callados cuando se saqueó al país”, además de comentar que varios de los firmantes habían sido cómplices y socios de los gobiernos anteriores (Redacción, 2020).

Otra muestra igualmente ilustradora fue el *affaire* conocido como “Operación Berlín”, título que, lejos de referir a algún thriller de espías de la época de la guerra fría, se limitó a poner una vez más en la mesa de la discusión el añejo tema acerca de cuáles deben ser los límites entre el quehacer intelectual y la militancia política. El conflicto surgió a partir de una investigación realizada por el medio informativo digital “Eje central” que el 14 de marzo de 2019 reveló que en 2017 se había llevado a cabo una operación política que pretendía descarrilar la campaña electoral del entonces candidato Andrés Manuel López Obrador.

De acuerdo con la información difundida, la “Operación Berlín” había sido financiada por Agustín Coppel, presidente y director general de Grupo Coppel; Alejandro Ramírez, director general de Cinépolis y entonces presidente del Consejo Mexicano de Negocios, y Germán Larrea, presidente del Consejo de Administración de Grupo México. Para operarla se habían contratados los servicios de Enrique Krauze —director de la revista *Letras Libres* y de Editorial Clío— y de Fernando García Ramírez quien durante años había sido su muy cercano colaborador. Se trataba de realizar una operación digital consistente en la creación de por lo menos un par de granjas de bots que se encargarían de difundir noticias falsas, información negativa y respuestas duras y puntuales a las críticas positivas recibidas por el entonces candidato del Morena, así como atacar las propuestas que éste hiciera. Diseñada desde 2016, el primer producto digital de la operación (un perfil anti López Obrador titulado “Napoleopez”) apareció en marzo de 2017 en Facebook (Rodríguez, 2019).

Como era de esperarse la publicación del reportaje generó un escándalo mayúsculo. El alud de críticas negativas a la participación de Krauze y su compañero de aventuras empresariales culturales en dicha guerra sucia contra un candidato que participaba legítimamente en un proceso electoral no se hizo esperar. Los análisis fueron de la mano de descalificaciones, burlas, insultos y demás prácticas usuales en los entornos digitales. El escarnio contra el intelectual que se considera a sí mismo como heredero de las glorias culturales y empresariales de Octavio Paz fue mayúsculo. La apreciación generalizada en el sentido de que sí era creíble que él estuviera inmiscuido en tales estrategias propagandistas patrocinada por integrantes la plutocracia nacional se alimentaba del historial de artículos y opiniones profundamente críticas que él había expresado contra el ahora presidente.

El *affaire* tuvo un punto culminante cuando el lunes 18 de marzo Krauze decidió dar su versión de los hechos en el noticiero radiofónico matutino del periodista Ciro Gómez Leyva, otro gran crítico y opositor a López Obrador. Lo que ahí sucedió confirma la propuesta central del presente capítulo. Veamos. Si bien era previsible que

el autor de *La presidencia imperial* negará su participación en la “Operación Berlín”, la forma en que lo hizo es por demás ilustradora. Escuchar la agobiada, temblorosa y entrecortada voz de un intelectual que desde siempre se ha definido como un tenaz demócrata, es un brutal ejemplo de la manera en que las reglas del juego habían cambiado (Gómez, 2019). Ellos, esa aristocracia intelectual rancia y autosatisfecha de sí misma, se enfrentaban ahora a la experiencia real de vivir no solo en una vitrina absolutamente transparente en donde su aureola de ser intocables se había desintegrado, sino también de verse envueltos en las disputas cotidianas características a la *real politik*. Casi al punto del llanto se le escucha a Krauze declarar cosas como: “[...] tomando café o por correo, uno habla, pero yo no maquiné nada”, además de insistir tenazmente en deslindarse de lo que su otrora mano derecha —Fernando García Ramírez— pudiera haber hecho.

Además, en esos pocos minutos al aire Krauze confirmó su muy pobre conceptualización sobre lo que es el poder ya que lo identifica exclusivamente con algo que se ejerce desde las esferas gubernamentales. Ser líder de uno de los grupos culturales más importantes e influyentes en la historia reciente de este país no implica, de acuerdo con sus palabras, poseer poder alguno: “Yo nunca he estado en el poder, yo me he enfrentado al poder desde una crítica liberal, leal, a mi juicio objetiva, de lo que significan los peligros del poder personal en México”. Es evidente que sostener este lamentable nivel teórico acerca de uno de los conceptos nodales para la comprensión de una sociedad le permitió, además, victimizarse al señalar que lo que estaba viviendo “Es el poder contra la voz independiente de una persona”. Él, Enrique Krauze, presentándose tan solo como un ciudadano más, sin ningún tipo de poder. Su rol como cabeza de un activo e influyente grupo de intelectuales que hacen política dentro y desde los ámbitos culturales le es imposible de reconocer.

Finalmente, después de alabar su propio curriculum de publicaciones, nerviosísimo terminó la entrevista dejando patente de forma involuntaria la profunda ansiedad que estar en medio de ese escándalo le ocasionaba. Al cerrar su intervención con un previsible acto

de fe sobre su firme creencia en la libertad de expresión, lo escuchamos decir el siguiente galimatías: “La libertad se combate, como lo estoy haciendo en este momento abierta y francamente, con la libertad. La libertad se defiende con la libertad. El abuso de la libertad se defiende con el uso recto y responsable de la libertad”. ¿Qué quiso decir? Solo él lo sabe. Lo cierto es que curiosamente poco tiempo después el gran demócrata liberal descartó de su cuenta de Twitter la posibilidad de recibir respuestas a sus publicaciones, es decir, eliminó la libertad de los demás usuarios de esa red de comentarle directamente las publicaciones que él hace.

En el mismo sentido argumentativo recupero otro ejemplo que se suma a este acopio de perlas que revelan el fastidio que les ocasiona a muchos intelectuales de la vieja escuela desempeñarse en las nuevas condiciones en las que hoy se dan las discusiones y querellas políticas. Ello fue lo sucedido durante la promoción del libro de Roger Bartra, *Regreso a la jaula: El fracaso de López Obrador*, en la que él insiste en exponer una serie de argumentos profundamente críticos que desde hace tiempo sostiene sobre el movimiento obradorista.<sup>1</sup> Después de haber recibido diversas respuestas, incluida la del propio López Obrador quien durante una de sus conferencias mañaneras le dedicó el conocido poemínimo de Efraín Huerta que dice: “A mis maestros de marxismo no los puedo entender; unos están en la cárcel y otros en el poder”, Bartra terminó defendiendo su obra asumiendo una posición bastante aristocrática del ejercicio de la crítica. En una entrevista concedida al diario *Reforma* él afirmó: “El libro que yo acabo de escribir pues es un libro que, a fin de cuentas, es para élites, está en un lenguaje que no obviamente no lo va a leer un campesino de Tepoztlán” (Reporteros, 2021).

---

<sup>1</sup> Como antecedente a este enfrentamiento se encuentra que en julio de 2019 Roger Bartra fue uno de los responsables de la publicación de un desplegado titulado “Contra la deriva autoritaria y por la defensa de la democracia”, en el que treinta escritores y académicos acusaban al gobierno de López Obrador de llevar a cabo una serie de medias políticas, legales y administrativas que atentaban contra las incipientes bases democráticas que tanto esfuerzo nos había costado construir, por lo que expresaban su esperanza de que en las elecciones parlamentarias del 2021 la oposición pudiera hacerse del número de votos suficiente para impedir ese avance autoritario.

Para efectos del tema aquí abordado llama la atención una carta publicada en la revista *Letras Libres* en las que los escritores David Huerta y Verónica Murguía defendieron al ex director de *La Jornada Semanal* de la referencia literaria realizada por el presidente, argumentando que la razón más importante para romper lanzas a su favor era que: “no nos parece correcto utilizar la obra poética de Efraín Huerta para atacar a Roger Bartra por el solo hecho de ser parte de la oposición de izquierda, a la que Huerta perteneció toda su vida. Es todo” (Huerta y Munguía, 2021). Con esas pocas palabras, los autores de la epístola ejemplifican dos puntos muy importantes. El primero es la repetición del viejo argumento de que el uso de la literatura, de la poesía en este caso, debe ser considerada atribución y competencia exclusiva de los ciudadanos de la república de las letras, por lo que lo hecho por López Obrador era una usurpación y violación de esos límites soberanos. El segundo, es su incapacidad para concebir que los sujetos, los intelectuales, puedan modificar sus posiciones críticas y políticas ya que, de acuerdo con su argumento, si alguien fue de izquierda (o derecha) siempre lo será, sin importar que su discurso se haya modificado y sus argumentos ahora estén lejos de los que otros momentos haya sostenido.

Existe un factor más que ha transformado el escenario en el que los intelectuales desarrollaban su actividad crítica: el posicionamiento de nuevos analistas en algunos espacios hasta entonces cooptados casi de forma absoluta por aquella anquilosada opinocracia. La paulatina aparición de voces y plumas hasta hace poco desconocidas en los distintos medios incomoda a quienes estaban acostumbrados a debatir —más bien conversar— casi siempre con pares que compartían en términos generales sus apreciaciones y puntos de vista y con los cuales, si acaso, había diferencias tan solo de matices en los temas analizados.

Aquella antigua élite, orgullosa de su superioridad cultural, junto con los medios de comunicación en los que suelen aparecer no tenían interés alguno en abrir la posibilidad de que otros intelectuales, analistas u opinadores, a sus ojos en su mayoría advenedizos, para que se colasen en ese exclusivo feudo. Sus argumentos sobre el pluralismo como uno de los valores centrales de la democracia

parecieron colapsar justo cuando empezaron a fructificar los intentos de una nueva generación de críticos por avanzar muy lentamente hacia una equidad en los espacios y tiempos de difusión hasta ese entonces reservados exclusivamente para aquella gerontocracia intelectual.

Finalmente, la carencia absoluta de autocritica es una más de las características de esos intelectuales que hoy están viviendo el fin del monopolio de sus haceres. Mientras por una parte le exigen a sus contrincantes ideológicos la realización de deslindes sobre sus pasados militantes y filiaciones teóricas y políticas, ellos son incapaces de realizar el menor intento de hacer ese valioso ejercicio de introspección intelectual básico de quien quiera denominarse a sí mismo como demócrata. Al contrario, al ver su propio pasado eluden referir sus compromisos intelectuales, políticos y laborales con gobiernos anteriores u otros grupos de poder. Además, inmersos en la arena de la reyertas políticas calientes e inmediatas característica de la disputa por la imposición de narrativas en las redes sociales digitales, ellos no dudan en expresar su afinidad y cercanía con posiciones y niveles analíticos aberrantes que no resisten el más mínimo ejercicio de historización, incluso del simple uso del sentido común para evidenciar los burdos argumentos en los que se basan.

Además, uno de los argumentos que escritores e intelectuales opositores a López Obrador han utilizado en estos años para victimizarse señalando que se les crítica y denuesta en virtud de que el gobierno de la “Cuarta Transformación” anhela imponer una sola voz frente a la cual la libertad de disentir es imposible de aceptar. Irónicamente dicho análisis se revela cierto cuando se revisa la manera de actuar en la arena política pública de esos grupos de poder cultural. De hecho, es imposible encontrar en los nuevos entornos digitales alguna coyuntura o disputa política concreta en la que, por ejemplo, los escritores, poetas, analistas, y críticos vinculados a *Letras Libres* discrepen de la opinión de su cabeza de grupo, así sea que él sostenga opiniones teóricas y analíticas absolutamente erróneas y superadas. Es el caso de aquella descalificación expresada en 2019 en el sentido de que López Obrador politiza la historia,

como si hoy, en pleno siglo XXI, dentro de las actuales corrientes historiográficas la idea de una historia despolitizada fuera vigente (Krauze, 2019). La voz única creada al interior de su grupo funcionó a la perfección pues ninguno de tan agudos y puntillosos críticos osó discrepar en lo más mínimo de tan absurda y falaz aseveración.

## **Cuando el destino los alcanzó**

Hoy en día todo indica lo acertado de la hipótesis que desde hace años permea la conversación sobre el futuro de los intelectuales en el sentido de que ellos, entendidos a la vieja usanza, están viviendo sus últimos tiempos de existencia. La apertura de los cotos exclusivos en los que eran los únicos habitantes ha ido de la mano de la irrupción de multitudes de individuos que siempre han tenido cosas que decir, pero no contaban con los espacios para hacerlo. Aquel privilegio que tenía como soporte la idea de que ellos conformaban una jerarquía vertical, organizada por expertos, apoyada en la autoridad de un grupo de elegidos, intencionalmente cerrada e intemporal se ha derruido por el cambio democrático originado por las nuevas condiciones surgidas apenas en los últimos lustros. Esta emergencia democrática ha empezado a construir un mundo lleno de virtudes (pluralidad, diversidad, diálogo, etcétera) que aún habrá de sortear muchos peligros. Además, los nuevos tiempos obligarán a los intelectuales a redimensionar su función social, así como el sentido y los límites de su poder.

Sin duda, siempre es preferible asumir con toda conciencia la existencia de estos riesgos que entregarse a la añoranza por aquellos cercanos tiempos en los que solo ciertos individuos poseían el privilegio de hacer oír su voz hacia el resto de la sociedad. De hecho, bien pensado, no debemos preocuparnos en demasía. Recordemos que la rueda de la historia nunca marcha para atrás.

## Bibliografía

- Caso, D. (2020). Tribunal suspende inhabilitación por dos años de la editorial de la revista “Nexos”. *El Financiero*, 12 noviembre. Disponible en: <https://www.elfinanciero.com.mx/nacional/tribunal-suspende-inhabilitacion-por-dos-anos-de-la-editorial-de-la-revista-nexos/>
- INFOBAE (2020). “Entiendo su enojo, la cartera es donde duele más”: López Obrador respondió a los insultos de Héctor Aguilar Camín”. 04 septiembre. Disponible en: <https://www.infobae.com/america/mexico/2020/09/04/entiendo-su-enojo-la-cartera-es-donde-duele-mas-lopez-obrador-respondio-a-los-insultos-de-hector-aguilar-camin/>
- Gómez, C. [@CiroGomezL], (2019). El historiador @EnriqueKrauze aseguró #PorLaMañana que no maquinó ningún complot contra @lopezobrador\_ cuando era candidato y que no existe [Tweet]. Twitter. 18 marzo. Disponible: <https://twitter.com/CiroGomezL/status/1107655307029872641>
- Huerta D., y V. Murguía (2021). En defensa de Roger Bartra y Efraín Huerta. *La Jornada*, 09 abril. Disponible en: <https://www.jornada.com.mx/2021/04/09/opinion/002a2cor>
- Krauze, E. (2019). El presidente historiador. *Letras libres*, 09 enero. Disponible en: <https://letraslibres.com/revista/el-presidente-historiador/>
- La Saga (2021). #Entrevista Pablo Gómez con Adela Micha. [Video]. 27 abril. Disponible en: <https://youtu.be/Z5Js5Dih-FI>
- Lozano, V. (2015). Umberto Eco y los idiotas del Twitter, *EL MUNDO*, 17 junio. Disponible en: <https://www.elmundo.es/blogs/elmundo/interes-fijo/2015/06/17/umberto-eco-y-los-idiotas-del-twitter.html>
- Platón (1975). *Diálogos*. Ciudad de México: Porrúa.

- Redacción (2020). “Corporativo conservador”, en lugar de ofenderse deberían ofrecer disculpas: AMLO a críticos, *Proceso*, 18 septiembre. Disponible en: <https://www.proceso.com.mx/nacional/2020/9/18/corporativo-conservador-en-lugar-de-ofenderse-deberian-ofrecer-disculpas-amlo-criticos-249558.html>
- Reporteros (2021). Los que eran obradoristas ya se arrepintieron de haber votado por AMLO; mi libro es para las élites no para campesinos: Roger Bartra, *REPORTEROS ACAPULCO.COM*, 22 abril. Disponible en: <https://www.reporterosacapulco.com/index.php/nacional-politica-portada/los-que-eran-obradoristas-ya-se-arrepintieron-de-haber-votado-por-amlo-mi>
- Rodríguez, A. (2023). La fantasía de los clérigos, *Nexos*, 30 octubre. Disponible en: [https://redaccion.nexos.com.mx/la-fantasia-de-los-clerigos/?\\_gl=1\\*\\_1dx7u8\\*\\_ga\\*NzA0M-jA4OTM3LjE2NzM5NzMyNTA.\\*\\_ga\\_M343X0P3QV\\*MTY5ODY4MTYwMS4xMy4xLjE2OTg2ODE5NjkuNTEu-MC4w](https://redaccion.nexos.com.mx/la-fantasia-de-los-clerigos/?_gl=1*_1dx7u8*_ga*NzA0M-jA4OTM3LjE2NzM5NzMyNTA.*_ga_M343X0P3QV*MTY5ODY4MTYwMS4xMy4xLjE2OTg2ODE5NjkuNTEu-MC4w)
- Rodríguez, J. C. (2019). Operación Berlín: Conjura AntiAMLO, *Eje Central*, 19 marzo. Disponible en: <https://www.ejecentral.com.mx/operacion-berlin-conjura-antiamlo/>
- Rodríguez, X. (2000). *Escritores y poder. La dualidad republicana en México, 1968-1994*. Ciudad de México: Universidad Pedagógica Nacional/CONACULTA-FONCA.
- Rodríguez, X. (2009). Silencios intelectuales. La crítica en tiempo de crisis, *Metapolítica*, 13 (66), 89-92. Disponible en: [https://www.academia.edu/38765783/Silencios\\_intelectuales\\_La\\_cr%C3%ADtica\\_en\\_tiempo\\_de\\_crisis](https://www.academia.edu/38765783/Silencios_intelectuales_La_cr%C3%ADtica_en_tiempo_de_crisis).
- Varios (2020). La libertad de expresión está bajo asedio en México: manifiesto, *Letras Libres*, 17 septiembre. Disponible en: <https://letraslibres.com/cultura/en-defensa-de-la-libertad-de-expresion-2/>

Recibido: 31 de octubre de 2023  
Aceptado: 29 de diciembre de 2023